

Dietario en Zig-Zag

Surtidor de Claustro

Lo mismo que cantabas, cantas.
Cambia la vida. Tú no cambias.
Caen lentas tus aguas en la amplia piscina.

Das al silencio del claustro, con cada nota de rezo, igual nota de plata.

Nada se fija en tus aguas.

Ni la nube que pasa. Ni el magnolio que se extiende florecido sobre tu canto. Ni la górgola desesperada que te mancha con su eterna sombra negra.

El diverso fervor de generaciones diversas pasó por tu lado. Tú rezas igual.

Eres bello. Te amamos. Pero no quisiéramos parecernos a ti, surtidor de claustro!

Dos notas

1

Todos los diarios de Francia gritan a los franceses que la procreación es necesaria si no quieren hundir a su Patria para siempre. Todo el mundo aplaude y todo el mundo considera que la repoblación de Francia es uno de los grandes problemas de la vida nacional.

Se impone el remedio para las terribles consecuencias del malthusianismo; se impone abominar de las grandes inmoralidades que aseguran la infecundidad.

¿Remedio? ¿Cuál?

¿Abominar? ¿Cómo?

¿Procurándose el convencimiento de que la procreación no es un azar de la necesidad sexual? ¿Haciéndose cargo de los incontables goces de la paternidad? ¿Por patriotismo?

Cogemos el primer diario parisién que nos viene a la mano, *Le Matin*. Artículo sobre la procreación necesaria... y entre los avisos de solicitud, del mismo día, leemos seis que dicen: «Se necesitan unos porteros»; «Se necesita una sirvienta casada»; «Se necesita un matrimonio como mandadero»; «Se necesita una señora de compañía con su esposo que sepa cultivar un jardín»; «Se necesita un Profesor casado con su Señora, a todo estar»; «Se necesita un matrimonio para quinta»... Y en todas partes: *Indispensable el no tener hijos.*

2

De un libro de Paul Bureau: *L'Indiscipline des Moeurs*, «El porvenir pertenece a los pueblos castos». Pueden limitarse los hijos, pero la limitación debe convertirse en virtud consciente, en valor de civilidad. Debe dársele a

la Patria lo que *puede* dársele. No menos... No más... El de Paul Bureau es un buen malthusianismo católico, predicado a la Francia que quiere repoblarse.

¿Chateaubriand?

Sí, Chateaubriand. Aún no hemos abandonado, por exhaustos, los libros del Príncipe de la Melaucolía. No todo es en ellos púrpura flotante o hiedra sobre ruinas. En *Etudes Historiques*, en *Essai Sur les Revolutiones*, en *Génie du Christianisme*, en *Analyse Raisonnée de l'Histoire de France*, entre las imágenes opulentas y las tristezas grises, se encuentra el Chateaubriand medular, con fuerza eterna, no con fuerza de época. Actualísimo, nos dejó escrito: «Hay que ir alerta para no confundir las ideas revolucionarias del tiempo con las ideas revolucionarias de los hombres. Lo esencial es distinguir la lenta conspiración de las edades de la conspiración apresurada de intereses y sistemas».

Se prolonga más allá de los lamentos de *René* y de las dulzuras agónicas de *Atala*, Chateaubriand.

El Boxeador

A nacer el Boxeador de un deseo de desnudez y de fuerza, hubiéramos murmurado: Grecia.

Pero su primer programa fué el de la *self-defence* y después, al querer embellecerlo, nos habló de una humanidad de movimientos elásticos y finos, de cuerpo fuerte y templado.

No ha sido para afinar y hacer elásticos los movimientos, ni para dar temple y fuerza al cuerpo, por lo que le ha interesado al boxeador ser boxeador. Sus finalidades son la lucha... y los rendimientos. Tampoco por amor a las bellas actitudes y a las bellas defensas, aman los amantes del boxeo el arte de boxear. Lo prueban las apuestas que para hacer interesante el espectáculo han de cruzarse.

Pero si es discutible el sport por sí, lo que es indiscutible es que el boxeador es uno de los ídolos de los tiempos actuales. Forma en la brillante constelación de los astros de la pantalla y de los ases del *rugby* y del *foot-ball*.

Bernard Shaw nos ha mostrado su *gentlemen* y boxeador Cashel Byron delante de un diccionario biográfico, admirándose de que se dediquen diez páginas a Napoleón y ni una a Jack-Randall: «cómo si un luchador—dice Cashel Byron—no pudiera hallar el equivalente en otro luchador». Y la paradoja, como todas las paradojas, tiene su certeza.

La epopeya ha muerto en nuestros tiempos. No queremos dar héroes inmediatos, instantáneos para, en nuestra fiebre desbordada, poderlos glorificar de una manera frenética hoy y hundirlos también frenéticamente mañana. Hemos abolido los inmensos panoramas.—(La Europa napoleónica, por ejemplo).—Bastan la reconstruida torre feudal que cabe en un escenario, el *stadium* y el *ring*.

Siempre se habían tenido en estima los productos humanos no nacidos especialmente del cerebro. Pero le toca a nuestra época la glorificación expresa del puñetazo y del puntapié.

¿Y el luchador de Praxiteles?

Un motivo; un bello cuerpo musculado. Hoy la desnudez no es aquella desnudez; es desnudez de necesidad, no de goce estético. Ni acertaría el helenizante que nos hablara de la desnudez de nuestros ídolos como de la desnudez de las estatuas griegas, ni acertaría el moralista que nos hablara de la desnudez de boxeadores y *foot-ballistas* como de una desnudez apetecible en un *music-hall* para damas.

El Boxeador,—el ídolo—siendo él somos nosotros. Se bate, magulla y es magullado, para darnos un inmediato beneficio o la satisfacción,—cuando menos—de haber tenido buen ojo apreciador. *Su arte por su arte* no resultaría arte. Necesita la colaboración. Las generaciones futuras mirarán con gran extrañeza los trofeos que nuestra época habrá dejado en los Museos: El *punching ball* de entrenamiento de algún ídolo del puñetazo o el herrado zapa-

BOTICA ESPAÑOLA

Preparaciones
ASTOR:

ELIXIR ANTIPALÉUDICO

VERMÍFUGO

INYECCIÓN ANTIGONORREICA

SAN JOSE

COSTA RICA